

El canon literario y la literatura infantil y juvenil. Los cien libros del siglo XX

Isabel Tejerina Lobo

Universidad de Cantabria

Canon literario: necesidad y polémica



El canon literario es una cuestión bien antigua, por más que fuera el crítico estadounidense Harold Bloom quien la pusiera de moda con su polémico libro *El canon occidental* (1995). El canon, definible como la voluntad de seleccionar en un corpus limitado a los mejores escritores y de relegar a los autores incompetentes, responde asimismo, como sostiene Bloom (1995, 25) a un criterio restrictivo, un repertorio limitado y abarcable, ya que el que lee debe elegir, puesto que literalmente no hay tiempo suficiente para leerlo todo, aunque uno no hiciera otra cosa. Se trata pues de no consumir energías más que en escritores de peso y en sus obras relevantes y en no sucumbir ante el agobio aplastante de los libros no leídos, cuando, como dice en un hermoso relato Iván Klima (1998, 103): «estos amigos, que hemos acariciado alegremente con la mirada, se transforman en enemigos que intentan enterrarnos bajo su peso.» Parece que no hay duda entonces sobre la importancia de seleccionar las obras para llegar a conocer y saborear las obras excelentes y para no ser víctimas de las obras mediocres.

Pero son muchas las controversias que surgen en la definición de la categoría del canon literario y variadas las preguntas que se generan en torno a tal concepto: ¿quién o quiénes producen los cánones?, ¿cómo se aplican?, ¿cuál es la forma de subsistencia de los cánones o su caducidad?... La mayor dificultad reside seguramente en establecer los criterios para la elaboración del canon, cuál es la fórmula válida, si es que existe, para acertar en la selección de los mejores. Se ha repetido hasta la saciedad que el único criterio debiera ser la excelencia estética de la obra, pero ésta no deja de ser una consideración ambigua y de claro componente subjetivo.

El tema se complica más si cabe cuando se trata de elaborar y proponer un canon literario escolar, un repertorio limitado y accesible de aquellas obras que todos los niños y jóvenes debieran conocer y disfrutar. Lo que la escuela debe seleccionar, incluso el hecho mismo de si debe seleccionar un corpus cerrado de obras si lo que persigue es promover la lectura, es un tema de compleja discusión entre los docentes vinculado a la forma en que se enseña literatura, ya sea su base principal historicista, humanista o estética, entre otras posibles tendencias, y a su impronta moralista, pedagógica, psicológica, comunicativa, seguidista de la moda, etc. Ha habido, a lo largo de la historia, y hasta época bien reciente, una crítica doctrinaria y restrictiva sobre qué deben leer y no leer los niños y, por el contrario, en la actualidad, existen posturas que

podríamos calificar de muy liberalradicales, como la que sostiene Víctor Moreno, que rechaza la crítica de los adultos como supuesta lectura privilegiada de los libros infantiles, propone que hablen los niños y que sean ellos quienes de forma autónoma realicen reseñas libres de lo que escriben los adultos para ellos (2003: 34). Pero en general, los ensayos y tesis sobre la controvertida cuestión en torno a la construcción de un canon literario escolar se orientan mayoritariamente a la defensa de una crítica en la que se apuesta por barajar a la vez diferentes criterios de selección. Entre los más importantes: el modelo estético que brindan, su significación en la historia de las letras, los valores que transmiten, el tema que tratan y la identificación que posibilitan con los lectores niños y adolescentes. En esta construcción, y en la finalidad de la formación de lectores competentes, autónomos y críticos, sin duda cobra gran relevancia para la elaboración del canon escolar la capacidad de las obras para adecuarse a su nivel de comprensión, así como la transmisión de un cierto número de clásicos, un legado de lecturas canonizadas por la tradición (Hermida y Cañón, 2002: 8-12). En definitiva, los sucesivos debates e interrogantes sobre qué es un buen libro los agrupa y dilucida Teresa Colomer en cuatro grandes aspectos: la calidad literaria, los valores educativos, la opinión y el gusto de los niños y jóvenes y el itinerario de aprendizaje literario. Y concluye en destacar la importancia de la tarea crítica, la validez y necesidad de la labor de selección para seguir diciendo qué palabras y qué historias pueden ejercer mejor la insustituible misión de la literatura y cuál es el camino adecuado para ofrecérselas a la infancia (2002: 8-17).

Canon literario y literatura infantil



No existe hoy por hoy un canon literario infantil y juvenil plenamente aceptado. Pero sí son muchos y variados algunos acercamientos tan oportunos como controvertidos. Entre ellos, podemos considerar las diversas selecciones y guías realizadas de forma individual o colectiva que se proponen por parte de especialistas y profesionales que, aunque nunca se erigen como canon, se presentan como una tarea crítica destinada a la orientación de los diversos agentes mediadores entre la literatura y los niños. Cabe mencionar de pasada, entre tantas, la labor continuada del Seminario de Bibliografía de la Asociación Rosa Sensat, que puede consultarse en diferentes formatos, incluido Internet, la selección de 1000 libros de la FGSRP (1997), el libro-guía del Equipo Peonza *Un libro para leer muchos más* (1993), los diccionarios de autores y obras realizados por Luis Daniel González (2001, 2002); el canon de literatura infantil española *100 obras de literatura infantil del siglo XX* (2000) y el canon de literatura infantil universal anterior al siglo XX de Harold Bloom *Relatos y poemas para niños extremadamente inteligentes de todas las edades* (2003) que, no así ninguno de los anteriormente citados, incluye los numerosos textos seleccionados por este afamado crítico, a la manera de las primeras antologías que se realizaron de literatura infantil y juvenil de la mano de Carmen Bravo Villasante (1966, 1973, 1988).

La última propuesta *Cien libros para un siglo* pertenece al Equipo Peonza (2004). Aborda el siglo XX a través de los comentarios de las 100 obras que considera más representativas en cada uno de sus cien años. Vamos a detenernos extensamente en su contenido.

«Cien libros para un siglo». Un libro de los libros de la LIJ del siglo XX ▽△

No se presenta como un canon de la literatura infantil y juvenil del pasado siglo, sino como el intento de abarcar en una larga mirada de cien años nuestro pasado literario más cercano, un propósito de recapitulación al término del siglo XX. Puede visitarse de dos maneras complementarias: como una buena guía de consulta y como una lectura gozosa en sí misma a través de sus textos e imágenes. Incluye un repertorio de cien obras, rescatadas del olvido en unos casos, sepultadas por la inflación editorial en otros, todas inolvidables, una seductora invitación a releerlas o a descubrirlas. Sus comentarios están realizados por 64 especialistas y profesionales que, junto a los miembros del Equipo Peonza, realizan una lectura personal y actual, a la vez que sitúan la obra y el autor en su contexto histórico e intentan establecer las claves de su recepción para el lector de nuestros días.

El libro comienza con un Prólogo de Felipe Benítez Reyes, seguido de una Introducción firmada por Paciano Merino, quien es también el autor de las presentaciones históricas de cada década, desde 1901 al 2000. La visión, el estilo empleado y los mismos títulos de estas presentaciones históricas de las sucesivas décadas tienen el acierto de ofrecer una visión global de los principales rasgos desde un planteamiento crítico que señala los avances, las novedades y los éxitos del desarrollo del siglo, sin esconder a un tiempo los desequilibrios, las injusticias y los retrocesos. Sólo constato una carencia importante en los prolegómenos de la obra: no se realiza una introducción explicativa sobre la concepción general del libro y su finalidad, donde pudieran haber constado las dificultades y problemas encontrados, los condicionantes de partida en una obra de estas características, los criterios de selección utilizados, etc. En su ausencia, cada lector se ve obligado a recurrir a la fabricación de hipótesis personales o a la pura especulación sobre, por ejemplo, por qué tal obra y no aquella otra, por qué estos autores en ausencia de tales otros... ¿O tal vez es este silencio la solución menos mala ante tanto compromiso?

Un recorrido año por año ▽△

En el recorrido cronológico de su itinerario quisiera destacar algunos aspectos relevantes:

-Los 100 comentarios de la Literatura Infantil y Juvenil del siglo XX acogen la llamada literatura «intencional», la escrita específicamente para los niños o los jóvenes, y obras de una literatura creada sin destinatarios, literatura sin adjetivos adoptada por ellos o que se considera que también puede complacer a este público. Una selección de obras, que se inicia en el año 1901 (por este año de comienzo se queda fuera *El mago de Oz*, ya que fue publicado en 1900) y finaliza en el año 2000, todas las cuales poseen un

nivel de calidad literaria, aunque son necesariamente disímiles y muy difíciles de comparar entre sí.

-Existe, a mi modo de ver, un factor previo que, de alguna manera, condiciona muchos aspectos de este «libro de los libros»: La idea marco de esta antología, la de seleccionar una obra por cada año del siglo es muy atractiva, funciona como importante elemento motivador para acercarse a una propuesta de esta densidad y alcance en el panorama creativo mundial de la literatura infantil y juvenil. Pero ese mismo atractivo, un año-un libro, es también el principal problema de este trabajo, la condición que crea más peligros de falseamiento, ya que actúa como un corsé demasiado estrecho que obliga, en algunos casos, por la carencia de títulos, a tener que elegir una obra determinada de muy desigual mérito con relación a otras reseñadas, o bien a la decisión de relegar a meras citas creaciones estupendas, muy superiores quizás a algunas comentadas, porque no han nacido, digamos, en el año conveniente al disputarse el trono con una legión de pretendientes. A pesar de lo dicho, creo que el balance es positivo y que podríamos aplicar a esta selección el pensamiento de Wystan H. Auden: «Algunos libros son inmerecidamente olvidados: ninguno es inmerecidamente recordado».

-Desde el punto de vista de los géneros literarios, los comentarios pertenecen a la narrativa, en su gran mayoría, a los álbumes ilustrados y al cómic.

-Se puede considerar relevante la presencia de las historietas en imágenes, los tebeos o cómics. Figuran en concreto los comentarios y una página completa de ilustración de ocho cómics, desde *Little Nemo* de Winsord Mckay en 1909 a *La balada del Mar Salado* de Hugo Pratt en 1967. Y ello, entre otras muchas citas que dan cuenta de la importancia del género, y que recuerdan a Superman, Tarzán, Tom y Jerry, Mickey Mouse, Lucky Luke, El coyote, Carlitos y Snoopy, Sargento Kirk, Pumpy, El capitán Trueno, Mortadelo y Filemón, Mafalda o Paracuellos de Giménez.

-El teatro y la poesía no están incluidos en los comentarios. Suponemos que no entraba en el propósito, entre otras razones, debido a la enorme desproporción existente en la creación de estos géneros con relación a la narrativa. Se ofrecen algunas citas aisladas. En concreto, en teatro, aparecen cinco referencias, aunque no se indica que se trata de obras de literatura dramática. A destacar que entre ellas, no se menciona a *La cabeza del dragón* de Valle Inclán, uno de los escasos clásicos del teatro infantil. Son las siguientes obras: 1909, Jacinto Benavente, *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*; 1925, Rafael Alberti, *La pájara pinta*; 1936, Salvador Bartolozzi, *Pipo, Pipa y el lobo tragalotodo*; 1982, Michael Ende, *Jojo, historia de un saltimbanqui* y 1987, Josep Albanell (Joles Sennell), *El soñador*.

-Cada libro comentado se despliega en una amplia doble página, siempre en la misma disposición sus distintos elementos, característica ésta de uniformidad que acentúa la legibilidad y la belleza del libro. En la página izquierda, aparece la reseña correspondiente a cada año y la presentación del autor. En la página derecha, un fragmento significativo y la reproducción de la portada de cada obra a todo color que ayuda a identificarla. Y no es pequeño acierto el que se muestre la última edición del libro, ya que en muchos casos eran títulos inlocalizables que han sido felizmente reeditados.

-Cómo va creciendo a lo largo del siglo la creación para niños y jóvenes se puede observar, casi físicamente, porque la banda verdosa que recorre verticalmente la página de la derecha, a lo largo de la primera mitad del siglo, aparece casi vacía en el apartado denominado «Otras obras dignas de mención » y este panorama mundial va aumentando progresivamente hasta la relación abigarrada de citas a partir de los años ochenta. En esta banda vertical se ofrece una valiosa información estructurada en diversos apartados. Pueden llegar a 6 y son los siguientes: Otras obras del autor; Premio Andersen, Texto e Ilustración; Premio Lazarillo: Texto e Ilustración; Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil y Premio Nacional de Ilustración Infantil y Juvenil. De todos los premios, referencia de los autores e ilustradores galardonados, títulos de las obras, categorías y editoriales. Y finalmente: Otras obras de este año.

Nacionalidad y género de los autores seleccionados



Un recuento y listado de los autores por sus países de origen y también sobre la identidad de género de los escritores seleccionados nos ofrece los siguientes datos:

-Son 21 las naciones presentes, las cuales aparecen representadas, como resulta lógico, con muy diferente relieve. -El país con mayor representación es España, con un total de 28 escritores. Le sigue Gran Bretaña, con 21; Estados Unidos, con 11; Francia con 10 y Alemania, con 9 autores. Otros países como Suecia, Italia y Polonia tienen 3 representantes, Holanda 2 escritoras y, finalmente, Australia, Austria, Bélgica, Brasil, Canadá, Finlandia, Portugal, República Checa Suiza y Uruguay figuran con una mención.

-Todos los países cuentan con escritores de gran talla y con obras magníficas. Pero tal vez el caso de Gran Bretaña se destaque por encima de los demás, no sólo por la cantidad que es muy elevada, 21 autores, 4 de ellos de adopción, sino también por la reconocida calidad y, asimismo, por la enorme difusión de su creación literaria en la que suponemos algo habrá tenido que ver el poder colonial inglés y la expansión mundial de su idioma. Entre ellos se encuentran: Rudyard Kipling y su *Kim* (1901) y Beatriz Potter con su *Perico el conejo travieso* (1902), que no en vano son precisamente los primeros autores y obras de esta antología. Pero también clásicos y contemporáneos indiscutibles de la LIJ: Kenneth Grahame y *El viento en los sauces*; James Matthew Barrie y *Peter Pan*; Lofting y *El Doctor Dolittle*; Richmal Crompton y *Guillermo*; Milne y *Winnie the Pooh*; Arthur Conan Doyle y *Sherlock Holmes*; Enid Blyton y *Los Cinco...*; y entre los modernos: Tolkien y *El señor de los anillos*; Michael Bond y *Paddington*; David McKee y *No quiero el osito*; Roald Dahl y *Las brujas*; Anthony Browne y *Las pinturas de Willy...* Sorprendentemente, no figura en esta selección de los mejores libros británicos del siglo XX ni el comentario, ni siquiera la escueta mención en el aludido margen verde de la página derecha, del más clamoroso éxito de los últimos cincuenta años entre millones de niños y niñas de todo el mundo; triunfo que no sólo obedece ni se puede explicar exclusivamente por razones de mercadotecnia. Me refiero a Joanne K. Rowling y su serie de *Harry Potter*. Parece ser que, en este caso, tal ausencia está motivada por determinadas e inaceptables exigencias por parte de la editorial española de la obra. Hay

que anotar asimismo el hecho chocante, me pregunto si plenamente justificado, de que tanto Gran Bretaña como EE.UU., ocupan un lugar muy relevante en la primera mitad del siglo XX y descienden de forma muy rotunda en la segunda mitad.

-Otro aspecto en el que merece la pena detenernos se refiere a la identidad de género de los escritores reseñados. De los 100 autores de esta antología, hay 76 hombres y 24 mujeres. Representan, por lo tanto, las mujeres una cuarta parte del total. Entre ellas, se encuentran autoras de todas las nacionalidades que con sus poderosas creaciones han alimentado de modo muy estimulante el imaginario y la iniciación a la literatura de niños y jóvenes durante generaciones: Beatriz Potter, Selma Lagerlöf, Richmal Crompton, Elena Fortún, Tove Jansson, Astrid Lindgren, María Gripe, Ana María Matute, Úrsula Wölfel, Ligia Bojunga Nunes, Christine Nöstlinger, Kvéta Pacovská...

Si seguimos el criterio de combinar género y país, citando los países por el orden de mayor a menor número de escritores seleccionados, aparecen los siguientes datos mencionables: España: 28 escritores, 6 mujeres; Gran Bretaña: 21 escritores, 4 mujeres; Estados Unidos: 11 escritores, 0 mujeres; Francia: 10 escritores, 0 mujeres; Alemania: 9 escritores, 2 mujeres; Suecia: 3 escritores, 3 mujeres; Polonia: 3 escritores, 1 mujer; Italia: 3 escritores, 0 mujeres; Holanda: 2 escritores, 2 mujeres; Australia, Austria, Brasil, Finlandia, Portugal y República Checa están representados por una sola obra y está escrita en todos los casos por una mujer. El resto de los países: Bélgica, Canadá, Suiza y Uruguay figuran también con una sola obra y en estos casos está escrita por un hombre. Sin duda lo más relevante y que llama poderosamente la atención es la nula presencia de mujeres escritoras entre las obras comentadas de la literatura infantil y juvenil del siglo XX en países de la importancia de Estados Unidos y de Francia, atribuible seguramente a las restricciones que impone el mencionado criterio de selección año-libro que preside esta antología. Caso contrario es el de Suecia donde brillan en exclusiva tres escritoras, Selma Lagerlöf, Astrid Lindgren y María Gripe, y el de Holanda con Ana Frank y Annie Smichdt.

Presencia de la literatura infantil española: una comparación entre dos selecciones ▽△

La presencia de la creación infantil española en este libro recopilatorio nos merece finalmente una atención especial en este artículo. Destacamos los siguientes aspectos:

-El hecho de que el número de obras españolas ocupe el primer puesto, por encima de todos los países, algunos con amplia tradición y solidez, no sabemos si responde efectivamente a la mayor cantidad y calidad de nuestra creación literaria para niños y jóvenes o más bien obedece a una intención expresa de priorizar nuestra literatura.

-El primer libro español que se reseña pertenece a 1910 y es de Joseph Maria Folch i Torres, el autor catalán más popular en los inicios de la literatura infantil. Su obra, *Aventuras extraordinarias de Massagran* es una historieta en imágenes, un cómic de gran éxito desde una cierta mentalidad eurocéntrica y catalanista. En el año de 1914 se

comenta *Platero y yo* de Juan Ramón Jiménez, un clásico de la literatura infantil, escrito como sabemos precisamente por quien rechazaba de plano escribir nada destinado a los niños. Les suceden las figuras claves de nuestra literatura infantil inmediatamente anteriores y posteriores a la guerra civil: Salvador Bartolozzi, Antoniorrobles, Elena Fortún, María Teresa León, Sánchez Silva, Ana M.^a Matute... De los largos años de la dictadura franquista se reseñan algunos títulos aislados a partir de la década de los 50, un panorama que cambia radicalmente en los años 70. Efectivamente desde el año 1974 hasta el 2000, la sucesión de los autores y títulos españoles es muy intensa, ya hemos señalado que resulta llamativa, al tratarse de una selección universal de obras. Nada menos que 15 autores en estos veintiséis últimos años de la centuria. En total son 28 los autores españoles comentados, por tanto, constituyen más de una cuarta parte de la recopilación de todo el siglo XX.

-Un dato curioso, por otra parte plenamente justificado, es que en el desierto de creación española de la posguerra, no se reseña, sí queda citada en el margen, una obra de gran impronta histórica en esa época de gran conservadurismo: *Antoñita la fantástica* de Borita Casas. La razón y la decisión consiguiente es que 1948 es también el año de publicación de *Pippa en los mares del Sur*, el tercer título de la serie de Pippa Calzaslargas de la escritora sueca Astrid Lindgren, uno de los personajes más atrevidos y simpáticos de la literatura infantil universal.

-Y otra decisión, ésta sí muy discutible, es que no se incluye a *Manolito Gafotas* de Elvira Lindo, obra de indiscutible éxito entre el público infantil y, por otra parte, de calidad equivalente, si no superior, a la de otras obras representadas. Hay que recordar que uno de sus títulos, *Los trapos sucios*, fue en 1998 Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil. Parece firme, según nos han comentado por decisión de la editorial Anaya, el propósito de exclusión de la obra de Elvira Lindo, ya que los cinco títulos de la serie, que se inicia en el año 1994 y se continúa hasta el 2000, permitían varias ubicaciones posibles.

-Por último una comparación entre *Cien libros para un siglo* y *100 obras de literatura infantil del siglo XX*, selección ésta exclusiva de autores españoles que, en el año 1996, en el seno de un Seminario de la FGSRP, se realizó por parte de 30 especialistas convocados al efecto, el primer intento deliberado de elaborar un canon de literatura infantil española (Fernández, 1997-FGSRP, 2000). En ella, se eligieron, tras muchas discusiones, 58 relatos, 8 poemarios y 4 obras teatrales, así como un conjunto de 30 álbumes ilustrados. Entre aquella famosa y polémica selección española y ésta universal hay varios aspectos que merece la pena reseñar. En primer lugar, mencionar que ninguno de los 30 álbumes de la lista española figura en la selección universal de *Cien libros para un siglo*. De los 28 autores españoles que, como hemos señalado, aparecen en *Cien libros para un siglo*, un total de 22 narradores coinciden en la relación de 100 obras de literatura infantil del siglo XX. No deja de ser un dato reseñable el hecho diferencial de los 5 relatos y una historieta que no figuran en la selección española. Son, en concreto, 3 autores de la primera mitad del siglo: Saturnino Calleja, Jesús Blasco y Rafael Sánchez Ferlosio y otros 3 escritores de los últimos años del siglo XX: Xavier P. Docampo, Miguel Fernández Pacheco y Emilio Pascual. Sin duda resulta muy significativa y amplía la presencia de narradores comunes, aunque no siempre son los mismos los relatos reseñados. Afectan en concreto a cuatro casos de los que indicamos ambas obras seleccionadas: Antoniorrobles: *Hermanos monigotes/Veintiséis cuentos en orden alfabético*; Carmen Martín Gaité: *Caperucita en Manhattan/El castillo*

de las tres murallas; Antonio Martínez Menchén: *El despertar de Tina/Fosco* y José María Merino: *La tierra del tiempo perdido/El oro de los sueños*. El resto, 18 narradores son elegidos en ambas selecciones por la misma obra. La interesante relación cronológica de narradores y títulos coincidentes se inicia en 1910 con la novela ilustrada de Joseph Maria Folch i Torres, *Aventuras extraordinarias de Massagran* y se continúa con: 1917, Salvador Bartolozzi, *Pinocho en el fondo del mar*; 1933, Elena Fortún, *Celia, lo que dice*; 1934, María Teresa León, *Rosa-Fría, patinadora de la luna*; 1956, M^a Luisa Gfaell, *Antón Retaco*; 1959, Miguel Buñuel, *El niño, la golondrina y el gato*; 1965, Ana María Matute, *El polizón del «Ulises»*; 1974, Manuel de Pedrolo, *Mecanoescrito del segundo origen*; 1977, Josep Albanell (Joles Sennell), *La guía fantástica*; 1978, Fernando Alonso, *El hombrecito vestido de gris*; 1979, Joan Manuel Gisbert, *Escenarios fantásticos*; 1980, Miquel Obiols, *Datrebil, 7 cuentos y 1 espejo*; 1981, Juan Fariás: *Algunos niños, tres perros y más cosas*; 1984, Concha López Narváez, *La tierra del Sol y la Luna*; 1991, Bernardo Atxaga, *Memorias de una vaca*; 1994, Xavier P. Docampo, *Cuando de noche llaman a la puerta*; 1997, Miguel Fernández Pacheco, *Los zapatos de Murano* y 1998, Eliacer Cansino, *El misterio Velázquez*.

Y así, libro a libro, «incansablemente, hila que te hila» como decía el poeta José Hierro, se ha fraguado esta geografía de la imaginación del siglo XX que ciertamente no pretende ser un canon, pero que, al final, lo es para el lector de algún modo, porque de toda la ingente labor creativa *Cien libros para un siglo* se identifica como un valioso trabajo que ha elegido a algunos entre muchos, que ha excluido a unos para incluir a otros y que, en definitiva, selecciona estas cien obras para que las próximas generaciones de lectores puedan disfrutarlas desde la verdad de aquellas palabras de Günter Grass, sobre que «no hay nada más hermoso que la mirada de un niño cuando está leyendo».

Referencias bibliográficas



BLOOM, H. (1995) *El canon occidental*. Barcelona: Anagrama.

—— (2003) *Relatos y poemas para niños extremadamente inteligentes de todas las edades*. Barcelona: Anagrama.

BRAVO VILLASANTE, C. (1966) *Antología de la literatura infantil en lengua española*, Madrid: Doncel.

—— (1966) *Historia y Antología de la literatura infantil iberoamericana*. Madrid: Doncel. Reeditado en 1987. Madrid: Everest.

—— (1973) *Antología de la literatura infantil española*, Madrid: Doncel. Reeditado en 1986. Madrid: Escuela Española.

—— (1988) *Historia y Antología de la literatura infantil universal*, Valladolid: Miñón.

- COLOMER, T. (2002) «Una nueva crítica para el nuevo siglo», CLIJ, 145, pp. 7-17.
- EQUIPO PEONZA (1993) *Un libro para leer muchos más*. Madrid: Alfaguara.
- (2004) *Cien libros para un siglo*. Madrid: Anaya.
- FERNÁNDEZ, V. (1997) «El canon literario frente a la moda.» *III Simposio sobre Literatura Infantil y Lectura de la FGSRP*, CLIJ, 91, pp. 50-52.
- FGSRP. FUNDACIÓN GERMÁN SÁNCHEZ RUIPÉREZ (1997) *Mil libros. Una selección bibliográfica*. Salamanca-Madrid.
- (2000) *100 obras de literatura infantil del siglo XX*, CLIJ, 130, pp. 58-159.
- GONZÁLEZ, L. D. (2001) *Bienvenidos a la fiesta. Diccionario-guía de autores y obras de literatura infantil y juvenil*. Madrid: Dossat 2000.
- (2002) *Donde vive la emoción. Primer anexo a Bienvenidos a la fiesta*. Madrid: Dossat 2000
- (2002) *Tesoros de la memoria: una visión de conjunto y una selección de obras de literatura infantil y juvenil*. Madrid: Dossat 2000.
- HERMIDA, H. y CAÑÓN, M. (2002) «Conformar el canon literario escolar», CLIJ, 150, pp. 7-12.
- KLIMA, I. (1998) «El libro como amigo y enemigo» en BUCHHOLZ, Q. *El Libro de los Libros*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- MORENO, V. (2003) «Los supuestos valores de la crítica», CLIJ, 156, pp. 28-36.